

Verdad es que el sistema de Pio IX no siempre ha logrado impedir que el torrente revolucionario se desborde por la Italia; pero no es menos cierto que ha bastado para aplazar este desbordamiento hasta la época en que los partidos católico y conservador han adquirido la fuerza suficiente para emprender la restauración del Pontificado. Aun pudiera añadirse que Pio IX ha obtenido un auxilio que la república francesa habría negado á otro Pontífice menos popular, si aun es lícito usar esta palabra tantas veces prostituida. Como quiera que sea, no entraré aquí á discutir esta tésis. Permitame Vd. añadir únicamente que, teniéndose en cuenta el estado de los ánimos y la comezon reformadora del presente siglo, Pio IX, júzguense sus actos como se quiera, ha sido el enviado de Dios para estos tiempos fuera de la regla comun, *homo missus á Deo*.

Vd. sabe, señor Marqués, la sinceridad con que se ofrece suyo afectísimo y respetuoso servidor

EL DUQUE DE VALMY.

AL SEÑOR DUQUE DE VALMY.

MADRID julio 20 de 1850.

HE recibido, señor Duque, la apreciable de Vd. del 9.—Usted es persona que me inspira tal confianza, y siento además que su amistad me es tan necesaria, que para merecerla, me propongo ser con Vd. completamente franco. Nó sé en verdad cómo me arreglaré para espresar á Vd. en una lengua para mí estraña lo que tengo que decirle; pero de todos modos, voy á ver si logro hacerme comprender de Vd., que es todo lo que me basta.

La cuestion es la siguiente:—¿El sistema general de política adoptado por Pio IX en los principios de su Pontificado, es bueno ó malo?—Yo he dado á esta pregunta dos respuestas en realidad idénticas, en apariencia contradictorias; pues que en una ocasion he dicho *sí*, y en otra he dicho *no*. He dicho *sí* en un escrito acerca de Pio IX, que vió la luz pública antes que el del señor Balmes sobre el mismo asunto, y que no es conocido en Francia: se lo mandaré á Vd. á la primera coyuntura favorable, aunque ignoro si comprende Vd. el español. He dicho *no* en uno de mis discursos, y este fué conocido por el señor presbítero Val-Roger, que tuvo la bondad de unir mi nombre al del señor Balmes en el *Ami de la Religion*.

Ahora, pues, voy á espresar mi pensamiento todo entero. Hélo aquí:

El mundo creia que la Iglesia no era tan Católica como su nombre: el mundo creia que la Iglesia era una Reina servida por esclavos, y que solo sus esclavos se la podian acercar libremente. Era necesario desengañar al mundo, y Pio IX ha sido el hombre de quien Dios ha querido servirse para desengañar al mundo por lo que respecta á su Iglesia: así debe interpretarse, en mi juicio, la conducta de este gran Pontífice. Así como en otro tiempo su Divino Maestro llamó á sí á los judíos y á los gentiles, el gran Pontífice ha venido para llamar á sí á los monárquicos y á los liberales. Ha sido crucificado por los liberales, como su Maestro lo fué por los judíos ¡Ay de los judios! ¡ay de los liberales!... En uno y en otro caso ha habido un llamamiento seguido de una catástrofe. y en uno y en otro caso, á pesar de la catástrofe, hay que tener el llamamiento por bien hecho.

Este es mi *si*: hé aquí ahora mi *no*. Me parece bien que los liberales hayan sido llamados; pero á condicion de que, lo mismo que los judíos, no sean llamados mas que una sola vez por todas hasta el fin de los tiempos: me parece que nuestro gran Pontífice será de la misma opinion. Creo estar en el buen camino aprobando lo que se ha hecho; pero no, sin embargo, creyendo que deba renovarse la esperiencia. Justo, prudente y hasta necesario era que la Iglesia abriese sus brazos á todo el mundo; pero justo, prudente y necesario es tambien que la Iglesia, sin cerrar sus brazos, vuelva los ojos hácia los que han encanecido respetándola y amándola.—Nuestro Señor llamó á todo el mundo, bendijo á todo el mundo, perdonó á todo el mundo, y pidió por sus enemigos: pero cuando, pasada la catástrofe, salió de su sepulcro, no fueron ciertamente sus enemigos con quienes envió á reunirse á María Magdalena, sino con sus Apóstoles y sus hermanos.

Confesaré á Vd. francamente que me causa espanto ver el camino por dónde ha echado cierta parte del clero francés. So pretesto de no querer hacer á la Iglesia solidaria de un partido ó de una forma determinada de gobierno, se pretende lanzarla en el

campo de las aventuras. ¿Cómo no ven esos desgraciados que por este camino se vá forzosamente á parar á una catástrofe? Nuestro Señor ha amenazado con desconocer en el Cielo al que tenga vergüenza de confesarle á Él en la tierra. ¿Cómo se oculta á esos sacerdotes de quienes voy hablando, que al aconsejar á la Iglesia que desconozca á sus fieles y que se avergüence de sus amigos, no hacen otra cosa sino aconsejarla que cometa aquel gran pecado del avergonzamiento y de la ingratitud? Podrá ser este quizás el consejo de la prudencia humana; pero la prudencia humana es á veces bien mezquina y bien imprudente.

Tengo el honor, Señor Duque, de saludar á Vd. como siempre, su muy afecto y respetuoso servidor

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

AL SEÑOR DONOSO.

PARÍS, setiembre 22 de 1850.

SEÑOR Marqués: A no haber consultado sino mi anhelo de reiterar á Vd. el homenaje de afecto y estimacion que nuestras relaciones me han inspirado, habria respondido antes á su interesante última del 20 de julio. Pero aguardando el folleto de Vd. sobre Pio IX, se echó encima mi viaje á Wisbaden; y despues cuando he recibido aquel opúsculo, he tenido que leerlo con la dificultad que me producía estar escrito en español, lengua que no cultivo hace largo tiempo: todo lo cual esplicará á Vd. mi dilacion en anudar una correspondencia tan grata para mí.

Hoy que ya en fin conozco el escrito de Vd., me apresuro á manifestarle que su lectura ha acrecentado en gran manera la admiracion que la noble inteligencia de su autor me habia ya de antes inspirado.—¡Qué magnífica esplicacion del carácter de las reformas de Pio IX! ¡qué espocicion tan elocuente del espíritu de nuestra santa religion! Si mi último escrito ha obtenido alguna boga, estoy cierto de que consiste en haber indicado en él algunas de las verdades tan claramente demostradas por Vd.

Voy á tomarme todavía la libertad de decirle cuatro palabras acerca de la cuestion que se ha dignado Vd. tratar conmigo.

El sistema general de política adoptado por Pio IX ¿es ó no conveniente? Ayer decia Vd. *sí*, hoy dice *no*. En su folleto encuentro deducidos los motivos del *sí*: allí veo cuán brillantemente ha sabido Vd. presentar en toda su grandeza la accion del Pontificado, y con cuanta exactitud ha demostrado que Pio IX es el glorioso continuador de San Anselmo, de Gregorio VII y de Inocencio III. Admirador entusiasta como yo soy de Pio IX, todavía he aprendido de Vd. lo que hay principalmente que admirar en la obra de este Pontífice.

Al buscar despues en la carta de Vd. los motivos de su *no*, encuentro como único el llamamiento hecho por Pio IX á los liberales; y conforme con Vd. en que, si el sistema general de este Pontífice no hubiera consistido mas que en aquel llamamiento, por nada en este mundo deberia repetirse, creo sin embargo, señor Marqués, que aquel llamamiento no es en rigor mas que un mero incidente de la empresa de Pio IX, tan lealmente esplicada en el folleto de Vd.; y siendo esto así, claro es que ninguno de los fundados cargos que pueden formarse en este incidente, afecta en nada á la política general del Pontífice. Aun me aventuraria á asegurar mas, y es que en verdad no puede decirse que Pio IX ha llamado á los liberales, sino que los liberales se han ido á él para turbar su obra, en lo cual ciertamente tampoco han triunfado por sus propias fuerzas, pues el Papa habria frustrado de seguro sus manejos si no hubiese tenido contra sí varias circunstancias, como son: primera, la imprevision de los Soberanos de Italia, quienes negándose á seguir á Pio IX, han promovido en sus respectivos Estados explosiones revolucionarias: segunda, la mision de Lord Minto, espresamente enviado á Italia para favoecer estas explosiones en un sentido anticatólico y antifrances; por último, la revolucion de febrero, que ha venido á promover en Italia, como en todo el resto de Europa, un sacudimiento contra el cual estaba Pio IX menos armado que el Emperador de Austria y el Rey de Prusia.

Por no alargar demasiado esta carta, me tomo la libertad de remitir á Vd. adjunto un escrito en que hace un año traté de las

reformas de Pio IX, y en el cual espongo los fundamentos de la opinion que acabo de manifestar.

Resumiendo cuanto dejo dicho, creo exactamente como Vd., que Pio IX no debe repetir su llamamiento á los liberales; pero tambien creo ser de la opinion de Vd. añadiendo que el Papa debe proseguir sus reformas en el sentido y manera que Vd. ha indicado, con el fin de romper las cadenas de la Iglesia, y de salvar al mundo de la nueva servidumbre que le impondria la filosofia anticatólica.

En cuanto á los auxiliares de que deben valerse el Papa y la Iglesia, es evidente que deben ser los amigos de la Iglesia y del Papa. En la lucha de las opiniones, la Iglesia no debe mostrarse tan desinteresada, que llegue hasta ser indiferente al bien ó al mal. Por lo que hace al camino emprendido por cierta parte del clero francés, no vacilo en calificarlo como un acto de ceguedad y de ingratitude. Esperemos que Dios se dignará ilustrarlos acerca de las intenciones positivas de los que, encubiertos con distintos disfraces, son siempre los hijos de Voltaire; y confiemos en que el clero no querrá perder las ventajas que le dan sus virtudes en una época en que se van haciendo tan raras.

De Vd. como siempre, señor Marqués, afectísimo y respetuoso servidor y amigo

EL DUQUE DE VALMY.

CORRESPONDENCIA CON M. GUIZOT.

AL SEÑOR DONOSO, *acusándole recibo de un ejemplar de el ENSAYO.*

PARIS, jueves 3 de julio de 1851.

Doy á Vd. un millon de gracias por su recuerdo, señor Marqués. A mi nido de Val-Richer, donde voy á fijarme por ahora, me llevo el libro de Vd., seguro de que despues de haberlo leído, tendré motivo para agradecerle mas y mas su buena memoria. Todavía no he hecho mas que hojearlo. Me parece que no le quitaria ni un tilde; pero que le añadiría alguna cosa.

La Iglesia Católica es cierto que no cambia ni se muda, pero es indudable que anda y camina. Para incorporarse á la sociedad humana en la actualidad, todavía tiene que dar un paso. Este paso puede darlo, si quiere. ¿Lo dará? Nadie mas idóneo y autorizado que Vd. para ponerla en esta via.

Reiterando á Vd. mis gracias, le ruego que cuente en el número de sus mas afectos y respetuosos amigos á

Guizot.

AL SEÑOR GUIZOT.

PARIS, julio 4 1851.

Doy á Vd. á mi vez repetidas gracias por su apreciable carta. De buena gana habria echado con Vd. algunos párrafos acerca de esa gran cuestion de la Iglesia. Pero ya que esto no es posible por la ausencia de Vd., tendré el honor de espresarle mi pensamiento en algunas breves frases, que encomiendo á su benevolencia.

Tengo para mí que el mundo no ha de salvarse únicamente por medio del pensamiento, sino tambien por medio de la accion, puesto que el hombre no piensa sino con el fin de obrar despues conforme á lo que ha pensado. Es decir, que el mundo para salvarse tiene necesidad de verdad y de virtud. Pues bien, ni la una ni la otra puede recibirla el mundo mas que de manos de la Iglesia; y la razon es la siguiente:

En el órden del pensamiento, la Iglesia sola está en posesion de lo *absoluto*; y en el órden de las acciones, ella sola está en posesion de la *caridad*.

Nosotros los hombres, para saber cualquiera cosa, tenemos necesidad de elevarnos de lo relativo á lo absoluto; mientras que la Iglesia, para aprender todo lo que nosotros sabemos, nada mas necesita sino descender á nuestro relativo, desde las alturas de lo absoluto. Ahora bien, Vd. ve que es mas fácil bajar que subir.

Si la Iglesia no ha bajado todavia hasta nuestro terreno, culpa es de los Reyes de la tierra y de los Gobiernos del mundo, que no se lo han consentido, á fuerza de ponerle trabas y obstáculos. En verdad que cuando uno recorre la historia de estos últimos siglos, y ve la *ley de sospechosos* aplicada á la Iglesia por todas las legislaciones de los paises católicos, razon hay para preguntarse cómo es posible que la Iglesia sepa todavia alguna cosa.

Por otra parte, la Iglesia sola es perpétuamente caritativa. Mientras que los hombres se ocupan en aborrecerse y devorarse mutuamente, la Iglesia sola arde todavia en amor á los hombres: porque el amor ha sido siempre su patrimonio, su fuerza y su secreto.

Siendo esto así, yo digo en consecuencia, que si hay alguien que sepa mas que el mundo y que ame mas que el mundo, ese será quien le salve: porque el mundo no puede ser salvo sino de la misma manera que ha sido hecho, es decir, por la soberana inteligencia y por el amor sumo.

Dios mio! Maravilla causa ver cuán fáciles son las cosas difíciles. Yo creo, por ejemplo, muy posible que la salvacion de la Europa dependa á la hora presente de que la quiera ó no la quiera un hombre que está en Val-Richer. ¿La querrá?

Dígnese Vd. contarme entre sus mas afectos y respetuosos amigos.

JUAN DONOSO CORTÉS.

AL SEÑOR DONOSO, remitiéndole un ejemplar de la obra titulada
MÉDITATIONS ET ETUDES MORALES.

Noviembre 24 de 1851.

SEÑOR Marqués: Allá va un libro, que acaso logre interesar á Vd., y con cuyo ofrecimiento le pago una antigua deuda.

Hemos pensado mucho los dos en unas mismas cosas, y ambos caminamos hácia un mismo término por sendas, sino idénticas, paralelas cuando menos. Para los tiempos que corren, ya es esta no poca unidad.

Dígnese Vd. con este motivo, acoger de nuevo las seguridades de mi mayor aprecio y profunda estimacion.

Guizot.

AL SEÑOR GUIZOT.

PARIS, noviembre 28 de 1851.

HE recibido la nueva obra que se ha servido Vd. enviarme, juntamente con la apreciable carta que la acompaña.

Un nuevo escrito de Vd. es siempre una nueva luz para todos los entendimientos. El presente me propongo leerlo con toda la atencion que acostumbro en cuanto sale de su pluma siempre grave y erudita; seguro como estoy de hallar en sus palabras algo que se apodere de mi espíritu, y que agite profundamente mi alma y mi corazon.

Con este motivo aprovecho la ocasion de reiterar á Vd. mi mas sincero y respetuoso afecto.

JUAN DONOSO CORTÉS.

CARTAS Á UN AMIGO.

PARIS 19 de Abril de 1851.

QUERIDO mio: Con gratitud y ternura he visto lo que Vds. trabajan por poner á salvo la verdad en punto al recibimiento que mi pobre persona ha merecido en estas tierras. Yo no habia querido hablar á Vd. de eso, porque en rigor no valia la pena, y porque nunca me ha gustado obrar como farsante. Pero ya que tiene usted tanto interés en saberlo, solo le diré que no sé de ningun diplomático extranjero que haya sido mejor recibido en Paris por todas las clases de la sociedad, y señaladamente por las altas. Todos los salones, incluso el de la Princesa de Lieven, que es el primer salon político del mundo, abierto á poquísimos escogidos, se abrieron para mí, aun antes de haber presentado mis credenciales, y cuando solo podia anunciarme como *Donoso Cortés*. Esta es la verdad, toda la verdad, y nada mas que la verdad.

El *caritativo* parrafito de la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, relativo á mí, de que Vd. me habla, sé de positivo que se puso sin saberlo el director, que está enfermo. A tiro de ballesta se conoce que no es su autor un francés: brilla en él demasiado el odio español. ¡Dios santo! ¿y á quien odia esta gente? á un hombre que jamás ha hecho mal ni aun á sus enemigos; á un hombre que no ha querido